

y pusieron sus cabezas entre el follaje. Nada vieron aun, pero las guiaba el eco de las voces, y á fuerza de interrogar la oscuridad apercibieron tres hombres que se movian á algunos pasos de ellas.

Reconocieron al marqués de Pontalés, Roberto de Blois y Blas, criado de este último.

Blas era el que repetidas veces habia pronunciado el nombre de las dos hermanas.

El *Zalamero* no era entonces el jovial tunante que hemos visto en la posada de Redon. Habia esperado tres años en el zaguan, mientras que su compañero, apellidado el *Americano*, se solazaba soberbiamente en el salon. Aquella larga espera lo habia hecho de carácter brusco y atrabiliario. Habia aprendido sobremanera los vicios de la antecámara, porque nadie es criado en vano, hasta el extremo de poder enseñarlos.

Blas se habia hecho insolente, infame, importante, embustero, sin dejar por esto de ser ladrón.

Escusado nos parece decir que detestaba á su pretendido amo y detestaba tambien con exceso á Pontalés por razon de su fortuna; detestaba al tío Juan, á quien sus gruesas albarcas y su pobreza no escusaban sentarse en la ruesa de los caballeros; detestaba á Penhoel y á la Señora y á la *sociedad* entera, desde las tres Gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, hasta el más insignificante de los tres vizcondes; detestaba á los criados, que tenian la imprudente pretension de no deberle más que un mediano respeto, á los aldeanos que no le salu-

XXVI.

CONCILIABULO.

Elena y Diana estaban á unos veinte pasos del paseo de césped donde se habian sentado antes de bajar á la cabaña de Benito Haligan. Franquearon sin ruido y con precaucion la corta distancia que las separaba de la torre del Primogénito, porque ignoraban entonces si las voces se dejaban oír delante ó detrás del recinto del follaje.

Este estaba vacío como cuando ellas lo dejaran; pero los invisibles interlocutores no estaban separados de ellas mas que por las bajas ramas de los castaños.

Las dos jóvenes separaron suavemente las rama

daban con la mayor ceremonia, y á Mr. Le-Hivain, que le agobiaba con cumplimientos y sonrisas.

A pesar de esta misantropía universal, vivía bien y no dejaba que se apoderase de él la tristeza.

Era un buen muchacho, siempre bastante grueso, y sus envidiosas aversiones no se elevaban hasta el odio, á escepcion de una.

Mr. Blas, como se hacia llamar, habia creído advertir con demasiada frecuencia que los hermosos ojos de Diana y Elena estaban siempre fijos en él con una espresion de desprecio y burla.

Estas niñas habian tenido el valor de burlarse mas de una vez de su arrogante importancia. Las odiaba con tal motivo con mayor encarnizamiento y con preferencia á todos.

A pesar de su mal humor y de las disposiciones hostiles que tenia hácia su pretendido amo, desempeñaba Blas su cometido con conciencia. Su comision no era la de un criado ordinario. Téngase así entendido: tenia encargo de observar, escuchar á las puertas y espiar, para lo que era cual ningun otro.

En suma, trabajaba por su propio interés, porque llegada á ganar la batalla, Mr. Blas se prometia descansar sobre sus laureles.

Hacia ya algunos minutos que se habia unido al marqués de Pontalés y á Mr. Roberto de Blois.

El fruto de sus observaciones del dia era sin duda mas importante que de costumbre, porque Blas

habia tomado una fisonomía grave, usando ese tono que se emplea para anunciar grandes noticias.

—Y bien, amigo Blas, dijo al momento Roberto acercándose á él, ¿sabemos alguna cosa buena?

Blas movió la cabeza con lentitud.

—Sabemos algo, respondió; sabemos muchas cosas... pero no sabemos nada de bueno.

—¿Qué hay?

—Hay que parece que caminais con paso de tortuga, y que de esa manera pudiera suceder que abortase vuestra empresa, Mr. Roberto.

—¡Explicaos!

—Os aseguro que he oido hoy tantas y tantas historias, que no sé por dónde comenzar. ¿Habeis pensado alguna vez en lo peligroso que seria el dia en que los aldeanos de Glenac y de Bains enarbolasen sus garrotes, puesto que no tendrian necesidad de escopetas, para venir á defender á Penhoel á pesar suyo y librarlo de nuestra campaña?

—¡Qué idea!

—Teneis mil razones; es una idea, y no me lisonjeo por cierto de ser el único que la ha tenido.

—Siempre os quedará el castillo de Pontalés, mi querido Mr. Blois, dijo el marqués; espero que no dudareis del placer que experimentaria al ofreceros hospitalidad.

Roberto saludó.

Blas prosiguió:

—Pontalés es un bueno y hermoso castillo....

y se le pegan fuego quedarán en pié los muros, porque son de piedra.

—¡Fuego! balbuceó el marqués; ¿qué os impulsa á hablar así?

—Es otra idea que tampoco me pertenece.

—¿Habrá algun complot? preguntó Pontalés con voz alterada.

—Sí, señor marques... replicó Blas con la sangre fría de un cómico; hay un complot... y si no os despachais me veré precisado á apostar en favor de las aldeas de Glenac y Bains.

Pontalés procuró sonreír.

—Queréis asustarnos, mi querido Mr. Blas, murmuró.

—¡Vamos! dijo Roberto; no se trata aquí de hacer enigmáticamente.

—Voy á procurar hacerme entender. Repetidas veces he dicho: Mucho cuidado con las hijas del tío de las albarcas, porque os van á jugar alguna mala pasada. Me habeis respondido: Son unas niñas. Pues bien esas niñas han levantado contra nosotros un ejército formidable.

—Si como yo hubiéseis oído lo que ahora mismo decian en la pradera durante los fuegos artificiales... Mucho habeis degradado á Penhoel... pero su nombre conserva aun prestigio, porque jóvenes y ancianos hablan de morir por él como una cosa muy sencilla.

Saben aunque vagamente cuanto sucede... Pronuncian vuestro nombre, señor marqués, el vuestro,

Mr. Roberto, y el de Lola, y os quisieran descuartizar... Para estar instruidos de todo es preciso que los hayan aleccionado... ¿y quién sino esas malditas chiquillas ha podido encargarse de semejante trabajo?

—Es verdad, dijo Roberto.

Pontalés guardó silencio.

—He hecho cuanto ha estado en mi mano, prosiguió Blas, para ponernos á cubierto de todo; pero no me ayuda nadie... Volviendo á esos imbéciles de Glenac y de Bains, es una cosa mas que seria... Ya los conocéis tan bien como yo, Mr. de Pontalés; si llega una vez á metérseles en la cabeza la idea de jugarnos una mala partida, maldito si podrán protegernos la justicia y los gendarmes.

—¡Bah! dijo Roberto, hace mucho tiempo que gruñen.

—Esta tarde hacian mas que eso... han escogido un jefe... nuestro antiguo conocido, Mr. Roberto, maese Geraud, el del Carnero Coronado... Y ese personaje aparenta no ser mas que el teniente de un ser invisible.

—¿Quién?

—Tal vez esos diablos, las hijas del tío de las albarcas, contestó Blas.

En este momento era cuando Elena y Diana se deslizaban á paso de lobo por detrás de los castaños.

Blas prosiguió:

—Maese Geraud habla de ellas con un respeto

estraño.... Aparenta atribuirles una virtud sobrenatural; pero tal vez no sean ellas tampoco ese jefe.

—¿Pues quién? preguntaron á la vez Roberto y Pontalés.

Las dos jóvenes eran todo oídos; desde entonces no se les escapaba una sola palabra.

—Hablan enigmáticamente, respondió Blas, cuya voz bajó involuntariamente; se conoce que aluden á una noticia muy nueva y todavía incierta.... Pero he adivinado su esperanza y temo mucho que esté de vuelta el ausente.

Pontalés y Roberto se estremecieron como si su cuerpo hubiese experimentado un choque material.

Detrás del follaje procuraban moderar los latidos de su corazón Elena y Diana. Ellas eran las que habían estendido por todo el país á la ventura y como un recurso supremo, la falsa noticia de la vuelta de Luis de Penhoel. Sin embargo, esta noticia repetida por bocas enemigas hacía nacer de ellas una vaga esperanza.

La emoción que experimentaban al nombre del primogénito de Penhoel les hacía olvidar que ellas mismas habían inventado la mentira de su vuelta.

—¡Si llegara á venir!.... Ya van dos veces que oigo hablar de esto.... murmuró Pontalés.

—Teniendo presente cuanto se dice de ese hombre, añadió Roberto, se comprende que es una tontería y nada más.... Alguna mentira que las

chicuelas ó ese viejo marrullero de Redon inventan para levantar contra nosotros unos cuantos garrotes de esos aldeanos. ¿No lo habeis conocido, señor marqués?

—Lo he conocido, replicó Pontalés. Entonces era un niño, y si no ha cambiado librenos Dios de encontrarnos algun día frente á frente con él.

—¡Bah! exclamó Blas; ¿tan fuerte es que solo su sombra pueda causarnos miedo? ¡Ya estais desconcertados!.... Tal vez sea alguna paradoja. Si el hombre en cuestion está de vuelta y es tan terrible como decís, ¿nos hubiera dejado seguir tranquilamente nuestro proyecto?

Yo, señores, tengo algunas interesés en el negocio y me creo con derecho á manifestar mi opinión....

Habeis tardado demasiado y es preciso recuperar de un solo golpe el tiempo perdido.

—Nos hemos adelantado á vuestro parecer, amigo Blas, respondió Roberto. Dentro de algunos minutos será propietario del castillo de Penhoel Mr. de Pontalés.

—¿Teneis ya la firma?

—La esperamos.

Blas se frotó las manos.

—Está vez está bien jugado, exclamó; el mejor abogado no podría conseguir gran cosa apoyándonos en ese documento.... En cuanto llegue el caso de que Penhoel no posea una pulgada de terreno, reflexionarán los aldeanos.... Por un caballero

medio arruinado puede sacrificarse cualquiera; pero por un mendigo....

—Además, Penhoel no podrá permanecer en el país, añadió Pontalés.

—Con los documentos falsificados, objetó Roberto, podremos hacer que se vaya al fin del mundo.

—Y alejado una vez, prosiguió Pontalés, caminará todo á las mil maravillas; no tendremos que temer ya á las hijas del tío de las albarcas, lo que por cierto no es cosa insignificante. En seguida, además, ese maese Geraud tan bribon, que se ha arruinado á fuerza de prestar dinero á Penhoel, podremos alejarle comprando los créditos que contra él haya. Que firme Penhoel esta noche y respondo de todo lo demás.

Diana y Elena escuchaban. Mil confusos pensamientos atravesaban su imaginación. Delante de aquella próxima é inevitable ruina conservaban la voluntad de luchar, pero sentían muy débiles sus manos, viéndose además desarmadas.

¿Qué hacer?

Tuvieron la idea de correr al castillo y arrojarse á las plantas de René, declarándole el peligro en que se hallaba.

Tal vez no era ya tiempo.

Permanecieron en el mismo sitio indecisas y como anonadadas por el desaliento.

—Hay sin embargo en el castillo una persona, decía en aquel momento Roberto, que no partirá, y con este motivo deseo, Mr. de Pontalés, tener una

explicación con vos. Vuestro hijo está muy asiduo con Blanca.

Blas se encogió de hombros.

—Eso me desagrada, continuó Roberto con tono seco y casi imperioso.

Pontalés le presentó la mano.

—Mi excelente amigo, dijo con cordialidad, quisiera poder daros las mayores pruebas de afecto posibles. Confíad en que mi hijo será reprendido severamente. Sabrá para lo sucesivo que entre vos y él, mi querido Mr. de Blois, no dudo un solo momento. Sentado esto, ¿me será permitido preguntaros qué pretendéis hacer con Mlle. de Penhoel?

—La amo, respondió Roberto, y tal vez me case con ella.

Blas soltó la carejada.

—Buen partido, exclamó; pero me parece que oigo venir el poder....

Con efecto, se oía por el camino un ruido de pasos, y un momento despues se vió llegar á Mr. Protasio Le-Hivain.

—¡Al fin!... exclamaron los tres compañeros.

Pontalés añadió:

—¿Está en toda regla?

Macrocéfalo se quitó el sombrero y sacó de su bolsillo un pañuelo de cuadros inmenso para enjugar el sudor que corría por su puntiaguda frente. Había corrido con toda la velocidad de sus piernas.

—¡Hablad! dijo impaciente Roberto; ¿se ha debatido mucho?

Un profundo suspiro se escapó del pecho del abogado: nadie se inquietó por esto, creyéndose seguro del resultado al recordar la promesa de la Señora.

Macrocéfalo miró á los tres interlocutores.

—¡Hablad! murmuró mirando simultáneamente á Blas y á Pontalés: ¿sé yo acaso si debo hablar de esto delante de todo el mundo?

—¡Y bien! dijo Roberto.

—Señor marqués, comenzó Macrocéfalo.

—Mr. Le-Hivain, interrumpió secamente Pontalés; con solo haber oído á Mr. Roberto que os decía que habláseis, bastaba. Mr. de Blois y yo no somos mas que una sola persona, ya os lo he dicho mas de veinte veces.

—En buena hora, señor marqués; teneis mucha razon; me lo habeis dicho mas de veinte veces, y.... voy á hablar.

El abogado cesó de enjugar su frente y exhaló otro profundo suspiro.

—¡Diablo de hombre! ¡diablo de hombre!... dijo con tono lamentable; tiene aún unos puños capaces de romper la cabeza con la misma facilidad que si fuera una almendra. Me preguntais si se ha debatido! Me ha batido, y demasiado rudamente por cierto.

—¿Y el acta? preguntaron los tres.

—Me ha dado un puñetazo en el pecho; ¡pero qué puñetazo! Me ha cogido por los hombros con furor y me ha arrojado á la escalera á riesgo de cometer un homicidio.

—¡Pobre Mr. Le-Hivain! ¿Pero y el documento?

—El documento, repitió Macrocéfalo desdoblándolo de nuevo su desmesurado pañuelo: os hubiera querido ver! Os digo que estaba esta noche tan furioso como nunca lo he visto.

Los tres compañeros se miraron; ninguno de ellos esperaba aquel resultado.

Elena y Diana se estrecharon la mano en silencio, dando gracias á Dios con toda la fuerza de su corazón.

Pontalés habló el primero.

—¿Se ha negado Penhoel á firmar? dijo.

—Formalmente.

—¿Y la Señora? preguntó Roberto con aire amenazador; ¿me habrá engañado?

—La Señora ha hecho cuanto ha podido; pero esta noche estaba mas arrogante que Artaban, y no queria escuchar nada; nunca lo he visto en semejante disposicion: se diria que no comprende bien su situacion, ó que el diablo le ha facilitado medios para hacernos frente.

—La vuelta del primogénito, dijo Pontalés. Tal vez esté mas enterado de ello que nosotros.

Roberto dió una patada.

—¡Ah! no quiere firmar! pronunció con voz ahogada por la cólera; tanto peor para él!

—Desde la primera palabra que quise aventurar, replicó Macrocéfalo, me cerró la boca. El mismo Dios, dijo dos ó tres veces, se opone á vender la posesion de mi nombre.

—¡Todavía esos diablos encarnizados!... exclamó Blas: ya sabía yo que olvidaba deciros alguna cosa importante.

No es Dios quien se opone á la venta del castillo; son simplemente esas chicuelas; se aprovechan de los momentos en que Penhoel, medio beodo, cae diariamente como una masa sobre su lecho, para ir á representar todas las noches el papel de apariciones.

—¡Siempre ellas! murmuró Roberto, que buscaba sobre quien descargar la cólera.

—Eso es, añadió Macrocéfalo; ya hace mucho tiempo que Penhoel me habla de apariciones y órdenes emanadas del cielo.

Elena y Diana continuaban estrechadas una contra otra: lágrimas de alegría inundaban sus rostros. Cada una de las palabras que oían resonaban en su corazón, queriendo decir:

“Niñas, habeis salvado á Penhoel.”

Mientras que triunfaban las pobres niñas, dejaban campo abierto á sus esperanzas: de pronto hirió sus oídos una palabra terrible.

Roberto era el que hablaba.

—A todo trance, decía con voz breve y resuelta, es preciso que mueran esas muchachas.

—Si se trata de un asesinato, murmuró Pontalés, me retiro.

—Nada importa.

—Si se pasan los límites legales, dijo á su vez Macrocéfalo, me abstengo de tomar parte.

—Señor abogado, nos privaremos de vuestros servicios. Pero no se podrá decir que dos miserables chiquillas nos han impedido el camino impunemente. ¿Dónde está Bibandier?

Esta pregunta se dirigía á Blas.

—Junto al tonel de sidra, respondió el criado; bebe á la salud del rey.

—¿Se puede contar con él?

—Hace tres años que le estoy dando de almorzar para que recobre fuerzas, contéstó Blas. Está delgado y hambriento como un perro de caza.

Roberto se volvió hacia Pontalés.

—Señor marqués, dijo, todos del vemos tener esta noche nuestra conjuración: es preciso que mañana temprano esté todo hecho, porque hay un misterio amenazador en torno nuestro, y tal vez tuviéramos que arrepentirnos toda nuestra vida de haber perdido algunas horas en las circunstancias en que nos encontramos. Yo me encargo de esas chicas.

—¿Dónde las hallareis? preguntó Pontalés.

—Bibandier es un Zalamero de primer orden, respondió Blas.

—En cuanto á vos, señor marqués, prosiguió Roberto, os encargareis de Penhoel. . . . Mr. Le-Hivain, ¿conservais aún en vuestro poder los papeles?

—Siempre, contestó Macrocéfalo, únicamente que desde que esos demonios rondan mi casa durante la noche, he quitado la cartera del cajón donde la habia puesto para ocultarla debajo de los ladrillos

de mi gabinete de estudio.... Separad un sillón; levantad una baldosa y allí están.

Elena y Diana, que contenían su respiración para escuchar mejor, cambiaron un signo de muda inteligencia.

—Nada se ha perdido entonces, prosiguió Roberto, y yo os respondo que esta misma noche tendremos la firma de Penhoel. Mr. Le-Hivain irá á traernos los documentos..... Cuando Penhoel vea que se le ponen delante con una pistola amarillada, veremos si tiene valor para resistir todavía.

—En marcha, Mr. Le-Hivain, dijo Pontalés; hagamos el último esfuerzo.

Diana y Elena habían dejado su puesto de observación. Cayeron en los brazos una de otra.

—Hermana mía, dijo en voz baja Diana, es preciso que lleguemos antes que ellos á casa de Mr. Le-Hivain. Ahora ya sabemos dónde se ocultan los papeles que amenazan á Penhoel.

—¡Corramos! respondió Elena.

Cambiaron el último beso y luego Diana añadió con tono de resignación:

—Hermana mía, vamos á arriesgar nuestra vida... Si muere alguna de nosotras, prosiga la otra la obra empezada. Si morimos ambas, pediremos á Dios en el cielo por Penhoel.

Diana se lanzó la primera por el sendero que conducía á la orilla del agua, dejándose deslizar por él sin causar ruido; pero en el momento en que Elena

iba á su vez á bajar, se enganchó la tela de su vestido en uno de las ramas del follaje.

El vestido se rompió.

Las dos jóvenes precipitaron su fuga.

Roberto, Pontalés y sus dos compañeros se separaban cuando el ruido ligero producido por el desgarrado traje llegó á sus oídos.

—¿Habeis oído? dijo Macrocéfalo.

Nadie respondió.

Pontalés, Roberto y Blas se habían ya lanzado á la otra parte de la valla de verdor.

El recinto fué reconocido de una sola ojeada.

Estaba vacío.

—Sin embargo, ¡aquí había alguien! dijo Pontalés con voz alterada.

Blas agitaba el eslabon y Macrocéfalo abría la pequeña linterna que alumbraba su paso en los caminos cuando volvía á su casa despues de cerrada la noche.

Encendióse la linterna. Nuestros cuatro compañeros vieron entonces sus rostros pálidos y alterados por el terror.

Luego cada uno de ellos reconoció hasta el menor escondite.

—No hay nada, dijo Macrocéfalo, que acababa de mirar la garita y aquel lugar sin salida.

—Será alguna liebre, objetó Blas.

La voz de Pontalés le interrumpió.

—Aquí hay una salida, dijo, un verdadero sendero que baja al río.

Y añadió, inclinándose de pronto para recoger una cosa:

—¿Qué es esto?

Los otros tres se acercaron.

Pontalés tenía en la mano un pedazo del vestido de Elena, que se había quedado enganchado entre las espinas de las ramas.

Todos reconocieron la tela.

Hubo un silencio aterrador.

—Me había equivocado, dijo al fin Pontalés con voz baja y breve, y vos teníais razon, Mr. de Blois.... Tienen demasiadas picardías, y es preciso que mueran, no importa cómo ni dónde.... que mueran, y esta misma noche.

—Apostaría diez contra uno, dijo Roberto, á que están en casa de Mr. Le-Hivain.

—Adelante, exclamó Blas: sin salir de los términos respetables de la legalidad, vamos á hacerlas entablar relaciones muy íntimas con ese buen Bibandier.



XXVII.

DIABLILLOS.

Roberto y Pontalés se dirigian hácia el río no por el estrecho sendero abierto á pico donde acababan de internarse las jóvenes, sino por el camino que costeaba las fortificaciones.

Durante este tiempo Mr. Le-Hivain volvía á toda prisa al castillo para tomar la llave de la barca, y Blas volvía también á la pradera para buscar á Bibandier.

Bibandier iba algunas veces á pasearse solitariamente por los campos ó por los senderos del bosque nuevo, cuando las noches eran oscuras, pero no con el mismo entusiasmo que en otra época.